

MITOLOGÍA EUSKARA



Formando un singular contraste con la indiferencia, y, pudiéramos decir, desvío con que miran la mayoría de los escritores españoles todo cuanto se refiere al pueblo bascongado, aparece cada día más asidua la acción de los sabios extranjeros, dedicando su examen á cuantos elementos constituyen la vida social é histórica de nuestra antiqüísima raza.

De ello tenemos ejemplo, entre otros, en una obra que se publicó, hace algunos años, en Lóndres, con el título de *Basque legends collected chiefly in the Labourd, by Rev. Wentworth Webster*.

El autor de este interesante libro, que él mismo califica, modestamente, de un simple ensayo, ha vivido bastante tiempo en este país, visitando personalmente una gran parte de su territorio, hasta en las más apartadas bordas de pastores, si bien tuvo que limitarse á la región basco-francesa, por impedirle recorrer la parte de aquende el Bidasoa, aquella terrible guerra civil, que ensangrentó nuestras montañas desde el año 1873 hasta el de 1876.

Las leyendas, llamadas por los naturales *Lege zaarreko istoriyuak*, son transmitidas de padres á hijos, desde la época más remota, refiriéndolas en torno del hogar, en las largas veladas del invierno, cuando, terminadas las faenas del día, re retiran á los solitarios caseríos enclavados en medio de una naturaleza majestuosa é imponente.

Divídelas el erudito escritor inglés en varias secciones; á saber: 1.^a *Tartaroa*; 2.^a *Heren-suge*; 3.^a *Cuentos de animales*; 4.^a *Basa-jaun y Basa-andre*; 5.^a *Lamiñak ó lamiak*; 6.^a *Cuentos de brujas*; 7.^a *Cuentos maravillosos*; y 8.^a *Leyendas religiosas*.

Como por vía de advertencia, y para alejar los escrúpulos de cualquier persona timorata, consigna el autor una observación que honra en extremo á nuestro morigerado y sensato pueblo; y es, que en nin-

guna de las narraciones, que ha oído contar á las gentes del país, se descubre la más pequeña licencia de lenguaje, ni el menor asomo de expresiones mal sonantes ó impuras; lo cual es tanto más de admirar, cuanto que, en nuestro idioma euskaro, apenas usamos de perífrasis ni de eufemismos.

Esto mismo se advierte en otra obra escrita, el año de 1876, por Mrs. d'Abbadie y Cerquand, intitulada *Légendes et récits populaires du pays basque*.

Aquellas narraciones y estas, de que ahora estamos tratando, se hallan plagadas de confusas ideas y de anacronismos, pues en todas, á pesar de tener por asunto escenas que se suponen ocurridas en una fecha de que no hay memoria, se habla de pólvora, de cañones, de la guillotina, etc.; y se hacen figurar personajes fabulosos que asisten á la iglesia y practican actos de devoción. Este defecto es común á todas las producciones de la propia índole, como puede observarse en la misma Inglaterra, en el libro de Campbell *Tales of the West Highlands*.

Pero estos defectos se hallan compensados, al ménos en cuanto respecta á las leyendas euskaras, por una cualidad que las avalora grandemente, y es, como antes dijimos, esa limpidez moral y esa pureza, que son como el ambiente oxigenado en que flotan.

Según expresamos mas arriba, la primera sección del volumen debido á la laboriosidad del erudito Wentworth Webster se consagra al

Tartaroa

Este ente fabuloso viene á ser una especie de Cíclope, que los montañeses representan como ogro ó gigante de aspecto monstruoso dotado de un inmenso ojo situado en medio de la frente, el cual es la única parte vulnerable por medio de un asador incandescente que manejan los que quieren librarse de ser sus víctimas.

Tartaroa tiene grandes analogías con el *Lubbar Fiend*; de Milton; pero las tiene mayores aún con el Cíclope de la antigüedad.

¿Qué relación puede existir entre este último y el *Tartaroa* de las montañas pirenaicas?

El autor plantea aquí un problema, al cual da una solución muy ingeniosa.

Ante todo, conviene dejar sentado que la leyenda del Cíclope no

es exclusiva de los escritores griegos y romanos, ni siquiera de los pueblos de origen aryo. En efecto, refiere Mr. d'Abbadie, el ilustre miembro del Instituto de Francia, que, en uno de sus viajes, encontrándose en la costa occidental de África, á los 9º de latitud Norte, oyó contarla á un indígena que nunca se había separado de su tribu.

Es de notar también que, para griegos y romanos, el mito de los Cíclopes se localiza hácia la parte occidental de sus respectivas comarcas, como que en las obras de Teócrito, de Ovidio y de Virgilio se señala, como mansión de aquellos gigantes, la isla de Sicilia; la cual se describe, por el inspirado vate mantuano, como un suelo volcánico de encrespados humeantes peñascos, sobre los cuales se alza el Etna, en cuyos cavernosos senos retumban las fraguas de los Cíclopes, que sirven de morada a Vulcano. *Insula Sicanium juxta latus Æoliamque Erigitur Liparem, fumantibus ardua saxis: Quan subter specus et Cyclopum excessa caminis Antra Ætnœea tonant.... Vulcani domus, et Vulcania nomine tellus.*

.

Contemplando el extraño aspecto de un enorme ojo, que parecía ofrecer á su absorta mirada el disco solar, allá en los últimos confines del horizonte, al terminarse el día, y acostumbrados á ver destacarse sobre aquel fondo enrojecido las siluetas de los elevados puntiagudos montes en que se reflejaban las últimas reverberaciones del gran lumínar, extinguiéndose luego las últimas luces del crepúsculo vespertino, crearon, quizás, este mito como producto del genio poético y antropomórfico, que les hacía personificar todos los objetos y todos los fenómenos de la Naturaleza.

Ahora bien, según Humboldt, la isla de Sicilia era el límite de la región habitada por los Bascos, dentro del período de los tiempos históricos, y es probable que los griegos de la Magna Grecia, en contacto con aquellos, recibiesen de los mismos, ya que no la idea primera, al menos la forma especial de la leyenda

Heren-suge

Con esta palabra bascongada se designa el dragón ó serpiente de alas.

En la imaginación de los montañeses, representa la serpiente de siete cabezas, ó sea un monstruo colosal, que apoyaba su cabeza en

el Pico del Mediodía de Bigorre, con el cuello extendido hacia Barèges, teniendo el cuerpo en el valle de Luz, Saint Sauveur y Gèdres, y la cola enroscada en una hondonada situada debajo de Gavarnie. Comía cada tres meses, y con solo la fuerza del aliento tragaba rebaños enteros, hasta quedar aletargada. Para destruirla, juntaron los hombres todo el hierro de las montañas, y fundiéndolo al fuego preparado con la madera de todos los bosques, aguardaron á que despertara, disponiendo la masa derretida de modo que la sorbiera en el momento de abrir sus inmensas fauces.

A no dudarlo, el *Heren-suge* representa el mito de la tempestad, que va asolando la tierra, y la acción fecundante del sol que devuelve á esta su perdida fertilidad.

La fábula es la misma que encontramos entre los indios egipcios y demás pueblos antiguos. Probablemente es un trasunto de la Hidra de Lerna, cuya muerte, atribuida á Hércules, se explica por los trabajos que realizaron los habitantes de Argos, poniendo fuego á los juncales que poblaban los pantanos de Lerna, foco perenne de las emanaciones más perniciosas para la salud pública.

Cuentos de animales

No tienen importancia alguna, porque ni ofrecen el carácter de fábulas, ni el de alegrías.

Basa-jaun

Este es el *Señor de la selva*. Se nos representa, a veces, como un sátiro ó fauno, y otras, en forma de trasgo ó duende, que se familiariza con los pastores, hasta el punto de frecuentar sus chozas, calentándose con ellos junto á las hogueras, aunque inspirándoles al propio tiempo un secreto terror. Tiene gran semejanza con el *Korigan* de los Bretones, que vive en los sombríos peñascales de Karnak.

Basa-andre

Este ser fabuloso, que en bascuence significa *Señora ó mujer del bosque*, lo describen algunos como una bruja, cuyos maleficios causan la muerte; mientras que otros lo consideran como una especie de sirena terrestre, ó hada, que habita en la espesura de los bosques.

Lamiñak

Vienen á ser unos séres fantásticos, especie de ondinas ó nereidas, que existen puramente en la imaginación del vulgo, careciendo de toda forma real, á la manera que las divinidades del Olimpo. Esta creencia se halla difundida principalmente entre los pueblos de la costa, del mismo modo que acontece en Irlanda, Escocia y en el Cornwall, según puede verse, consultando las obras de Campbell, Walter Scott y las *Croker's Irish Legends*.

La demonolatría ó brujería se halla aún bastante arraigada, llamándose *sorgiñak*, brujas, á ciertas mujeres, que, mediante un pacto con el demonio, adquieren la facultad de acarrear toda clase de males sobre las personas y los animales.

El somero análisis que estamos haciendo de la obra, no nos consiente entrar en detalles acerca de la historia de la demonolatría, y de las gravísimas proporciones que adquirió esta verdadera epidemia moral, que puso en agitación, durante la Edad Media, las conciencias en toda Europa.

Basta, á nuestro propósito, recordar que, en el país labortano, se persiguió con inaudita crueldad esa superstición, como lo demuestran los numerosos procesos formados por el Canciller Pierre de Lancre, de funesta memoria, el cual, delegado por el Parlamento de Burdeos, condenó al suplicio de la hoguera á tantos infelices, víctimas de una alucinación, que contribuían á difundir, en lugar de remediarla, los mismos medios que para su desaparición se empleaban.

MANUEL GOROSTIDI.

(Se continuará)



MITOLOGÍA EUSKARA



(CONTINUACIÓN)

En opinión del señor Wentworth Webster, la saña de aquel Tribunal civil excedió en crueldad á todo cuanto se ha atribuido á la Inquisición española y á los Tribunales eclesiásticos franceses; observación tanto más notable, y digna de especial mención, cuanto que la consigna un pastor protestante, cuya sinceridad y nobleza de alma se ponen bien de relieve con esa espontánea declaración, de que tomamos acta.

Todavía se recuerda en San Juan de Luz el nombre de la última persona quemada por bruja, la cual fué una señora portuguesa, acusada de haber guardado una Forma Sagrada, para sus artes mágicas, y para las diabólicas ceremonias del culto luciferiano; suceso que ocurrió en el año 1.619.

Además de las brujas, *sorgiñak*, se conocen también *aztiyak* ó adivinas, que son unas pobres mujeres dedicadas á explotar la credulidad de la gente sencilla, ofreciendo descubrir los arcanos del porvenir, por unas miserables monedas, que se hacen entregar, en remuneración de su servicio.

No es maravilla que semejantes aberraciones aniden todavía en nuestras montañas, cuando se recuerda que, en el seno del mismo pueblo escogido, Saúl consulta á la hechicera de Endor, para ver la sombra de Samuel, lanzándose después sobre su espada, al ser derrotado por los Filisteos.

Idéntica consideración nos sugiere la explotación que llevan á Cabo, en Paris, usando de sortilegios y fórmulas cabalísticas de la cartomancia y de la quiromancia, los impostores como Sâr Paladán y otros, que pudiéramos llamar los aristócratas de la magia, y que están dedi-

cadadas al cultivo de lo que hiperbólicamente denominan la *ciencia del ocultismo*.

Pero ¿qué mas? ¿No estamos leyendo en la prensa periódica, que, en los días mismos en que salen á luz las presentes líneas, acuden, por grupos, las gentes de la gran Ciudad del Sena, á cierta casa de la Rue du Paradis, con el objeto de consultar los oráculos de Made-moiselle Conesdons, una pobre neurótica, que pretende recibir las visitas y confidencias del Arcángel San Gabriel? Y téngase en cuenta que, entre los que llaman á las puertas de la supuesta vidente, se hallan muchas personas linajudas, y no pocos hombres que figuran en el mundo de la política, de la literatura y de las bellas artes.

¡Cuán cierto es que el hombre, devorado siempre por el Ansia de lo sobrenatural y por la nostalgia de su inmortal destino, corre á precipitarse fatalmente en el abismo de las más innobles supercherías, cuando se emancipa del dulce yugo de la fé cristiana, lanzando el grito de guerra contra los misterios de la divina revelación!



En nuestra provincia de Guipúzcoa, han quedado aún algunas huellas de la creencia general, que, en toda Europa, admitía, durante los siglos medios, la existencia de las brujas.

Esto no obstante, las Ordenanzas de la Hermandad Guipuzcoana no comprendían, en la categoría de los delitos, la demonolatria; constituyendo esta omisión un título de gloria para los sabios legisladores que redactaron las disposiciones de aquel cuerpo legal, sin temor de abrazar un criterio distinto del que seguían los Códigos de más renombre en aquellos días,

Es decir que, sin dejar de proteger á la Iglesia, de la cual eran fervientes adeptos nuestros progenitores, no apreciaron los actos de las brujas y de los hechiceros bajo el aspecto de la heregía, ó sea del error voluntario en materia de fé, cuidando de no intrusarse en la esfera de la exclusiva competencia eclesiástica.

No obraron de igual modo los legisladores del otro lado del Ebro, como puede camprobarse, pasando la vista por las leyes 1.^a 2.^a y 3.^a, título 23, Partida 7.^a En ellas se define la *adivinanza* como pretensión de tomar el poder de Dios, para saber las cosas que están por venir, haciendo *asmamientos* por el curso de los planetas, por el vuelo de las

aves, etc., y se señalan los procedimientos de los agoreros y nigromantes, que emplean encantamientos; prohibiéndolos, porque son cosas que «pesan á Dios é viene ende muy grand daño a los omes». Todo ello seguido de terribles sanciones penales para los transgresores de esos preceptos.

La Novísima Recopilación, en las tres leyes que comprende el título 4.º del Libro duodécimo, reprodujo sustancialmente las disposiciones del célebre Código Alfonsino.

Aquellos severísimos castigos no existen ya en nuestro moderno Derecho. Segun el Código penal, el acto, ó más bien el ejercicio de interpretar sueños, hacer pronósticos y adivinaciones ó abusar de la credulidad de otra manera semejante, como objeto de lucro, ha venido á reducirse á una simple falta, que castiga con arresto menor el artículo 606, estableciendo de este modo una muy notable diferencia entre la antigua legislación y la novísima. Esto no obsta, sin embargo, para que sean tratadas con más rigor las personas que defraudaren ó perjudicaren á otras, atribuyéndose poder é influencia, ó empleando otros engaños previstos y definidos en los artículos 548 y 554, en la sección correspondiente á las estafas.

La ley no mira, pues, esos actos sino en cuanto ataques á la propiedad, clasificandolos, ya como simples faltas, ya como delitos, según la gravedad y trascendencia que envuelvan.

Pero hecha esta digresión, preciso nos es reconocer, á fuer de veraces é imparciales, que también nuestras Asambleas forales claudicaron en alguna que otra ocasión: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

Alarmada la Provincia con motivo del gran número de posesos y de endemoniados, que iban apareciendo por todas partes, elevó una representación al Rey, en 1466, suplicándole que autorizase á los Alcaldespara llevar á ejecución, por si mismos, y sin consultar á ningún Tribunal, las sentencias que dictasen en los procesos instruidos contra las personas que se consideraban como brujas; y D. Enrique IV accedió á la petición, en virtud de una Real Cédula librada en Valladolid á 15 de Agosto del mismo año, cuyo original se conserva en el Archivo de la Provincia.

La superstición, sin embargo, continuó extendiéndose, pues, según aparece de los acuerdos adoptados por las Juntas generales de Fuenterrabia, en el año 1530, se nombró una Comisión compuesta de tres letrados, para que tratase con el Vicario general del Obispado sobre

el procedimiento mas conveniente, que debiera seguirse para perseguir y castigar á los que se suponía contagiados por el mal dominante en los espíritus.

Más tarde, en las Juntas de Tolosa, celebradas en 1595, se puso de nuevo sobre el tapete el asunto, y se resolvió hacer venir desde Logroño un Inquisidor, á quien se encargara la adopción de las medidas, que estimase oportunas, para la extirpación de la demonolatria, visto que ningún resultado positivo habían dado las disposiciones anteriormente adoptadas.

No se tiene noticia alguna, ni se sabe si, en efecto, tomó cartas en el asunto el Tribunal de la Fé, y si se tocaron, ó no, las consecuencias que se esperaban del sistema de rigor, que las Juntas acordaron inaugurar. Pero es de presumir que nada se hubiese conseguido, como quiera que la misma representación de Tolosa reprodujo su anterior moción, ante el país congregado en Villafranca.

En 1621 se dirigió á la Diputacibn D. Diego de Irarraga, dueño de Iraeta, exponiendo las graves perturbaciones que acarreaban á los pueblos tantos y tantos secuaces de Satanás, que con sus maleficios y hechizos atacaban la salud de las personas y de los animales, y. proponiendo que se solicitara el concurso del Santo Oficio para castigar tamaños crímenes, y devolver á las familias la calma que habían perdido.

Acudió Irarraga, en persona, á la Ciudad de Logroño, provisto de las recomendaciones mas eficaces de la Diputación; pero contra las esperanzas que se habían concebido, la Inquisición, ofreciendo obrar como en justicia procediera, se limitó á lamentar los males, que se le denunciaban, manifestando, al propio tiempo, «el sentimiento y dolor que le causaba la noticia de las violencias y vejaciones con que algunos Alcaldes molestaban, por simples sospechas,» á los notados de participación en los misteriosos y diabólicos conciliabulos del *Akelarre*.

Así lo afirma el laborioso escritor y antiguo Archivero de la Provincia, D. Pablo Gorosabel, en su obra inédita «Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa.» Y apoyándonos en su testimonio, llamamos la atención de los hombres pensadores y de recta intención hácia las palabras que dejamos acotadas, y de las cuales se desprende un fuertísimo argumento de defensa, en el proceso abierto, ante el Tribunal de la Historia, contra el Santo Oficio.

Desde aquella época, no se ha practicado ninguna gestión sobre la

materia, ni consta que la Autoridad foral haya legislado acerca de ella! ni en sentido de declaración de los llamados delitos de hechicería, ni en otra forma alguna.

Actualmente hay aún, entre las clases nids ignorantes del vulgo, quienes dan crédito al supuesto poder sobrenatural de las sorgiñak y aztiyak, pero el número de estos ilusos no es tan grande como entre nuestros hermanos de allende el Bidasoa.

El erudito Wentworth Webster ha coleccionado cuidadosamente, cuantas consejas y fábulas corren de boca en boca entre aquellos campesinos, y ha consagrado á ese objeto los capítulos 6.º y 7.º de su libro.

En el siguiente ó sea el 8.º, se ocupa de los Cuentos religiosos. Estos constituyen una muestra de las narraciones que estaban en boga, durante la Edad Media.

Muchas de las de esta clase son las más interesantes, y las que representan un carácter más humano que todas las demás.

En la obra que estamos examinando, se detiene el autor á hacer observar una particularidad que merece fijar la atención. Tal es la identidad ó paralelismo, que se advierte en ciertas formas de expresión de varios fenómenos celestes, en pueblos tan separados, por razón de su situación geográfica, y tan distintos, por su origen, como son el pueblo bascongado y el inglés.

Efectivamente, en la interesante obra de Miss Frere *Old Deccan Days*, se llama á la constelación de las Pléyades *The ben and chickens*, y en las leyendas bascongadas la oímos denominar *Oiloa chituekin* = la gallina con los polluelos.

Nosotros mismos hemos tenido ocasión de comprobar la verdad de esta afirmación, en un viaje, á bordo del vapor inglés *Mermaid*, que hacia la travesía desde el puerto de Honfleur al de Southampton. Estábamos hablando sobre cubierta con el capitán del buque, escuchando la descripción de varios grupos de estrellas, que se divisaban en el firmamento, cuando nos vino á causar la más grande sorpresa el oírle aplicar al de las Pléyades la traducción literal de la frase con que en nuestro país euskaro se designa ese fenómeno astronómico.

MANUEL GOROSTIDI.

(Se concluirá)



MITOLOGÍA EUSKARA



(CONCLUSIÓN)

Otra constelación, cupo nombre es una mera versión del que nosotros usamos, es la de Orion: *The three thieves*, en bascuence *iru lapurrak*, los tres ladrones.

También es notable la analogía de la denominación que en ambos pueblos se da á la *Vía láctea* ó *Camino de Santiago*: en inglés *The great pathway of light on which He went up*. La gran vía de luz por la cual Él subió: en bascuence *Erromako zubia*, el puente de Roma, (frase cristianizada).

Aunque aparentemente inútiles, no dejan de prestar estas analogías de elocución un verdadero interés al hombre estudioso, que busca en las formas del lenguaje y en los idiotismos la clave de problemas de etnografía y de filología, que aún están por recibir solución.

¿Y qué diremos del fondo mismo que constituye el asunto de la obra cuyo análisis nos está ocupando?

A muchos les parecerá tal vez, cosa baladí y de poco momento el estudio de la mitología de un pueblo; y, sin embargo, su exámen y conocimiento se hallan íntimamente relacionados con el carácter y particular estructura del idioma que en él se habla; circunstancia que reviste á la Mitología, de una verdadera importancia.

Hasta hace pocos años, ha sido mirada ésta como una especie de ciencia de interpretación, que no servía más que para revelar la idea encerrada en esas narraciones maravillosas, que deberían considerarse como meras extravagancias, si no contuviesen una significación oculta.

Pero, una vez adivinado el sentido íntimo de un mito, nadie creía

que fuese posible penetrar más adentro, y determinar por qué esa idea había tomado tal forma con preferencia á tal otra.

Los hechos fabulosos se miraban como el producto, unas veces espontáneo, y otras como voluntariamente elaborados, de la razón ó de la fantasía; y bien sabido es, que la inteligencia de un pueblo, lo mismo que la de cualquier individuo, nunca descubre el secreto de sus operaciones.

Explicar en qué consistía que una concepción revistiese cierto carácter maravilloso, se creía tan imposible como darse cuenta del movimiento intuitivo, que presenta determinadas imágenes, ántes que otras, al espíritu de un orador ó de un poeta.

Monsieur Bréal ha tratado de probar que es posible sorprender los mitos, en el instante mismo de su aparición, y comprender la causa determinante de los caracteres que ostentan.

Va más lejos todavía, y acusa á la interpretación de sistema faláz, en cuanto hace suponer que la fábula es como un velo, con que se encubre la verdad, reservando á los hombres el trabajo de levantarlo y conocer su existencia.

Durante mucho tiempo, la ciencia ha considerado al hombre primitivo como un ser raro, sometido á leyes cuyo equivalente no hallamos, por ningún lado, en la época moderna.

Quien lo suponía demasiado rudo para entender cualquier concepto, que se apartase algo del mundo material; estableciendo, por consecuencia, que la Mitología es un conjunto de signos destinados á hacerle comprensibles las ideas que, sin este auxilio, no hubiera podido entender.

Quien pretendía que las fábulas son un eco remoto de la sabiduría, que tenía monopolizada, en sus manos, una casta sacerdotal de los primitivos tiempos. Y no faltaban otros, que, atribuyendo á los primeros hombres un gusto pronunciado por la metáfora, han tomado la Mitología como un lenguaje poético, que servía para distraer los ocios del género humano en su infancia.

Todas estas explicaciones adolecen de un mismo defecto, porque separan la idea de su expresión; admitiendo que, en el origen de los mitos, existía ya la distinción entre el sentido propio y el figurado.

Nada más opuesto al orden natural de las cosas.

El hombre primitivo halla un término para cada una de sus ideas, y es difícil creer que, después de llegar á la posesión de una cualquiera, se complaciese en oscurecerla y desfigurarla.

Los símbolos, esto es, las significaciones indirectas ú ocultas, aplicadas á los vocablos, ó á las representaciones gráficas, no han podido existir sino en épocas de reflexión, entre un pequeño número de hombres unidos por los vínculos de una creencia, ó por los de intereses ó costumbres privativas ó especiales,

Tales han sido los signos que se han encontrado en las catacumbas de Roma, y que sirvieron á los primeros cristianos.

Se emplean también los símbolos en las bellas artes. La estatuaria y la pintura, incapaces para expresar de otro modo una multitud de ideas, han inventado signos convencionales, para aludir á ellas.

Asimismo se ven formarse los símbolos en cierta época, en que siendo la ocupación general de los espíritus la exégesis de un texto sagrado ó la interpretación de antiguas creencias, ha venido á ser la alegoría un modo natural de pensar.

¡Cuánta distancia no hay de estos artificios, que suponen una cultura avanzada, á la formación popular del lenguaje!

Retraer los refinamientos de la alegoría á la época en que el hombre tuvo por primera vez conciencia de sí mismo, es invertir el orden de los tiempos, olvidando las verdaderas leyes á que obedece la inteligencia humana.

Lejos de buscar el misterio, el lenguaje primitivo huye de él: da á cada cosa su nombre, y este lo escoge, teniendo presentes las cualidades características del objeto que desea designar.

Si impone á las ideas abstractas, denominaciones de objetos materiales, es porque no puede hacer otra cosa. Lo mismo practican los idiomas modernos. En efecto, nosotros nunca tomamos como símbolos las palabras concretas, que nos sirven para expresar conceptos morales.

De estas consideraciones se deduce que hay un estrecho enlace entre los orígenes de la Mitología y los del lenguaje.

Si fuese posible, dice Mr. Bréal, conocer el idioma que hablaban los primeros hombres de cada raza, sabríamos por los nombres que les daban, cuál era la naturaleza de sus dioses; y la simple enunciación de los mitos sería su mejor explicación. Mr. Bréal, por otra parte, distingue los dioses que son producto inmediato de la inteligencia humana, de las fábulas, que no son otra cosa que una creación indirecta ó refleja.

La raza indo-europea hizo de las fuerzas de la naturaleza sus pri-

meras divinidades: adoró el cielo, el sol, la aurora, la tempestad, etc.; los supuso dotados de alma, de inteligencia, de voluntad libre, de sentimientos de amistad ó de odio hácia los hombres. Pero, al mismo tiempo que les rendía culto, no perdía de vista su naturaleza física.

¿De dónde han nacido, pues, esas imágenes que se encuentran en la poesía primitiva de todos los pueblos de origen aryo? Del lenguaje, que las crea espontáneamente, sin que lo eche de ver el hombre.

La influencia del lenguaje sobre el pensamiento, poco observada en general, y completamente desconocida en la antigüedad, es grandísima y de trascendencia suma.

Puede compararse el lenguaje con un vidrio al través del cual pasan las concepciones de nuestra mente, matizándose con sus colores. Acostumbrados á este mediador, nos cuidamos de ello tan poco, que, aún antes de expresar un pensamiento, se tiñe ya en nuestro espíritu con los matices del lenguaje.

Hoy mismo, con nuestros idiomas habituados á la observación, nuestras palabras gastadas y nuestros verbos auxiliares vacíos de sentido, estamos haciendo continuos sacrificios á las exigencias de la palabra.

No expresamos una idea, por más que solo designe una simple cualidad, sin atribuirle al propio tiempo un género, es decir, un sexo; no podemos hablar de un objeto, ya sea considerado en general, ó no, sin determinarlo por medio de un artículo; todo sujeto, dentro de la oración, se presenta como un ser en ejercicio; toda idea como una acción, y cada acto, sea transitorio ó permanente, está limitado por razón de la duración y del tiempo en que ponemos el verbo.

Tenemos la costumbre de corregir en nosotros mismos los defectos de esa especie de refracción.

Pero ¡cuán grande no habrá sido el imperio del lenguaje en un tiempo en que cada palabra era una imagen, cada sustantivo un ser animado, y cada verbo un acto físico!

Imposible se hacía que las ideas más elementales, expresadas por medio de palabras tan significativas, no adquirieran desde luego un resplandor extraordinario.

Los fenómenos de la naturaleza, reflejados por el lenguaje, debían de tomar el aspecto de escenas dramáticas, en que representaban papel unos seres, que se suponía dotados de una vida análoga á la del hombre. Traducidos á un idioma en que cada palabra hablaba á los

ojos, los espectáculos de la Naturaleza parecían los actos de un drama inmenso, cuyos personajes, divinos por su origen, eran semejantes á nosotros por el corazón.

Los que vieron formarse los mitos de esta manera, no fueron engañados por las ilusiones del lenguaje. No teniendo ni idea siquiera de la fuerza misteriosa que transformaba todos sus pensamientos en imágenes, se recreaban en los encantos que á su imaginación se ofrecían, aunque sin darles crédito.

A medida que ciertas frases iban envejeciendo, y se empezaba á borrar el sentido etimológico de las palabras, el lenguaje perdió su transparencia, los nombres de las fuerzas de la naturaleza se hicieron nombres propios, y desde entonces comenzaron á aparecer los personajes míticos.

Por lo expuesto puede verse la gran importancia que entraña la Mitología comparada, no ya como mero pasatiempo, sino como medio para conocer la recíproca influencia de las palabras y el lenguaje sobre el pensamiento, y para comprender cuán lentamente se ha ido elevando el espíritu humano á la concepción de las ideas abstractas.

Ocupándose el Reverendo Wentworth Webster de las leyendas del país basco-francés, ha prestado un verdadero servicio, que le agradecemos todos los hijos de la Basconia, tanto más, cuanto que el idioma en que el libro se halla escrito ha de servir para que se difunda, en los tres reinos de la Gran Bretaña, la aventajada opinión que el autor ha formado del carácter de nuestra raza.

MANUEL GOROSTIDI.

